Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

41 **Ernesto "Che" Guevara, la teoría del foco insurreccional**



Suplemento especial de
Página|12

EL ONGANIATO Y LAS UNIVERSIDADES

Al tosco, adusto y muy católico, y fanático anticomunista, general Juan Carlos Onganía se le otorgaba la condición de ser algo que acaso a él le gustara, pero que el país no terminó de aceptar. Se le decía "El Franco argentino". ¡A las cosas que llegaba la Argentina gorila 1955-1973! Los eficaces militares, los comandos de la Libertadora, los marinos de Rojas, los socialistas de Ghioldi, de la señora Moreau de Justo, los oligarcas de Victoria Ocampo habían expulsado gloriosamente al general nazifascista para entronar ahora a un "Franco argentino". Es que en 1966 ya se habían hecho muchos intentos para frenar al peronismo, para hacer un país que no lo incluyera. Ahora se apelaba a una figura un tanto absurda. ¿Necesitaba el país un Franco? Sí, si se trataba de frenar a Perón y a los peronistas, bienvenido sea un Franco. Además, no hay ninguna sorpresa. (*Nota:* "Que nadie se llame a engaño", como decían los políticos y los militares de esa era y de otros años que siguieron también. Habría que hacer un mural con esta frase. Es la frase del idiotismo que ha animado a tanto fanfarrón que se ha subido a un podio para hablarle al país. Reflexionemos un cacho: ¿qué significa "que nadie se llame a engaño"? ¿Qué quiere decir con eso el que lo dice? Que nadie se equivoque. No digan que no se los advertí. Estoy siendo absolutamente claro. Los que crean algo distinto de lo que yo creo "se llaman a engaño". Los que "se llaman a engaño" se equivocan. O peor: se quieren equivocar. O se equivocan a propósito. Se "llaman a engaño" porque no advierten la gravedad de la situación. Se pierden en artilugios engañosos. O creen en "ideologías foráneas", que siempre llaman "a engaño". Sin duda, llamar a Engaño era una de las peores cosas que un argentino podía hacerles a los tipos que advertían qué debía hacerse y qué no. Además, uno "se" llamaba a Engaño. Acaso esta reflexividad, este pronombre que remite a uno mismo terminara por señalar que Engaño era uno mismo. Lo cual era peor que "llamarse a engaño", era ser el engaño mismo. Es lo que querían decir: los que "se llamaban a engaño" eran engañadores. Fingían llamarse "a engaño" para engañar la buena fe de los buenos ciudadanos.) ¿Por qué habría de ser sorpresivo que Mariano Grondona, Mariano Montemayor y la Iglesia y el gorilismo ilustrado pidieran un Franco? Se habían equivocado mucho con Illia. ¿A quién iba a frenar el viejito? El peronismo requería mano dura. No se lo podía manejar de otra manera, no se lo podía *impedir* de otra forma. Un psicoanálisis del pasaje que el gorilismo hace de Illia a Onganía sería regocijante. ¡No queremos a ese viejito impotente! ¡Queremos a un macho! No bien asume Onganía o al poco tiempo, la revista popular cachivachera *Ahora* –que editaba Héctor Ricardo García, fervoroso adherente al golpe del '66, algo que no hacía de él un tipo original, por otra parte– publica en tapa una enorme foto de Onganía en uniforme de gala. Y al pie sólo dos palabras, también en gran tamaño: "Un Hombre". Sólo eso: "Un Hombre". ¡Todo lo que decía ese título! Señores, al fin encontramos a un milico que las tiene bien puestas, a un Franco nacional, a un tipo que va a terminar a palos con el peronismo si es necesario. Teníamos a un viejito de mierda. Ahora tenemos a "Un Hombre". Que tiemblen los peronistas y los comunistas también. Porque este "Hombre" es, por sobre todas las cosas, un custodio de Occidente. Lo cual era perfectamente cierto. Onganía venía como alumno de la *Escuela de las Américas*, ese lugar siniestro donde los norteamericanos formaron a los dictadores de su patio trasero. Onganía, además, venía como parte del esquema de la Guerra Fría. Era el representante de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Esta Doctrina otorgaba a los ejércitos de los países latinoamericanos el papel de *policía interna*. Estados Unidos se encargaría de defender todas las fronteras. ¿Qué significaba esto? Que Estados Unidos defendía a todos los países de la órbita occidental del *enemigo externo*. Básicamente: el comunismo. Dijo, entonces, a los países de lo que se llamaba Tercer Mundo que sus ejércitos debían reprimir al *enemigo interno*. Hay, así, en la Argentina como en muchos otros países, una *internalización del enemigo*. A este enemigo interno que acecha constantemente se le da el nombre de *subversión*. "Durante la Guerra Fría (escribe Samuel P. Huntington), la política global se convirtió en bipolar, y el mundo quedó dividido en tres partes. Un grupo de sociedades, en su mayor parte opulentas y democráticas, encabezado por los Estados Unidos, se enzarzó en una rivalidad ideológica, política y económica y, a veces, militar generalizada con un grupo de sociedades comunistas más pobres, asociadas a la Unión Soviética y encabezadas por ella. Gran parte de este conflicto tuvo lugar fuera de estos dos campos, en el Tercer Mundo, formado por lo general por países pobres, carentes de estabilidad política, recién independizados y que se declaraban no alineados" (Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones*, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 21). *La "Guerra Fría" fue una guerra que no se libró en ninguno de sus dos bloques, se libró en países ajenos a la centralidad. No hubo una sola batalla en Estados Unidos. No hubo una sola batalla en la URSS. El campo de batalla fue el Tercer Mundo*. De aquí que nuestras tragedias desde 1955 en adelante, pero, mayormente, desde 1966 en adelante, con la instauración de la Teoría de la Seguridad Nacional a partir de Onganía, son *episodios* de la Guerra Fría. Nuestra gran tragedia de 1976, la masacre, la tortura, los empalamientos, las desapariciones, son un "episodio" de la Guerra Fría. Cuya característica era librarse *fuera* del territorio de los polos que se enfrentaban. Uno de esos "episodios" fue el que es llamado La Noche de los Bastones Largos a causa de los bastones con que la policía molió a palos a profesores y estudiantes. Se los hizo salir en dos filas de las facultades y se los castigó con toda la furia que una policía desatada puede desplegar el día en que (¡por fin!) puede entrar impunemente a la Universidad, ese refugio de zurdos. El bruto leporínico de Onganía creía que el "monstruo comunista" habitaba en ese espacio. Los alumnos de Historia de la Filosofía Moderna, sin embargo, estaban estudiando el *Discurso del método* y se preguntaban, con Descartes, acerca de la posibilidad de demostrar la existencia de la "realidad externa" (la *res extensa*), la cual se les hizo presente con inaudita ferocidad.

Se detuvo a un número significativo de personas. Cerca de 400. A partir del hecho se inició una polémica interna que (creo) es poco conocida. Muchos profesores optaron por el exilio. Renunciaron a sus cátedras y se fueron. El argumento era: no colaborar con la Universidad del onganiato. Otros decidieron quedarse. Si no los echaban no iban a renunciar. Este esquema de enfrentamiento es conocido: *entrismo y salidismo*. Los que se fueron llegaron al número de 300. Se ubicaron en universidades de Estados Unidos y Canadá, o en Europa o en Venezuela y Perú. Lo paradójico es lo de Estados Unidos. Se trata, sin duda, de un país de contrastes. Por un lado, la CIA o el Departamento de Estado promueven y aprueban una dictadura fascista en Argentina para frenar el avance del comunismo. El bestia de turno rompe todo, entra a caballo en las universidades. Hace cagar a palazos a los profesores, a los alumnos, a toda esa basura zurda. Por otro, las liberales, democráticas universidades "americanas" dan asilo a los "sabios" que han emigrado. "Caramba, vean lo que les han hecho en ese país de salvajes en que Uds. viven. Quédense entre nosotros y vivirán seguros."

LOS "MANUSCRITOS" DE MARX EN LA UNIVERSIDAD DE ONGANÍA

Onganía no avanzó con lo de las Universidades. En Filosofía muchos nos quedamos y nuestra consigna fue: *Pelear desde adentro*. No



se necesitó demasiado coraje para hacerlo. A ver si me explico: en 1966 yo tenía apenas 23 años. Ahora tengo muchos más, pero los que tengo me permiten hablar de ese episodio y hasta contar los colores, los olores, las sombras, las luces y los matices que tenía, luego del asalto de Onganía, la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Independencia. Por ejemplo: el enorme mono que colgaba en el hall de entrada no sé de dónde y que tenía un cartel que decía *Fuera yankis de Vietnam* no colgó más, lo tiraron a la mismísima. De todos los afiches, carteles, pancartas, declaraciones que inundaban las paredes *no quedó uno*. La Facultad era un prodigio de limpieza. Tal como Onganía lo soñaba. De la carrera de Psicología –una de las más agredidas– no se dictó casi ninguna materia en el segundo cuatrimestre. Porque recién ahí empezaron a funcionar de nuevo las casas de estudio. Entre tanto habían pasado unos meses y todo el mundo se reunía y discutía qué hacer. Yo aproveché el interregno y me di el gusto de rajarme a la literatura, olvidar la filosofía por un rato. Escribí una novela que se llamaba *Moishe* y era malísima. Una horrible copia de esos cuentos



en que Abelardo Castillo se metía con el tema judío. De pronto, nos enteramos de que Víctor Massuh iba a ser el interventor en Filosofía. En 1963 tuve dos maestros (tenía veinte años): Víctor Massuh y Conrado Eggers Lan. Massuh era brillante, trágico y antimarxista. Eggers era un católico fascinado por el marxismo y un estudioso del tema. Que Massuh aceptara ser interventor de Onganía abrió un interrogante y una brecha en una relación que para mí, en 1963, había sido muy valiosa y nunca dejaré de agradecer. Con pocos, luego, pude hablar de Kierkegaard, de Dostoievski y de Chestov como con él. Pero era terriblemente antimarxista y un antiperonista furibundo, de esos que te cuentan la quema de las iglesias, el incendio de la biblioteca del Jockey Club. Este último hecho había marcado a Massuh: "Yo miraba atónito a los bomberos llevándose los libros". Cierto día, lo inesperado: me llaman de parte de Eggers Lan, la Facultad de Filosofía empieza a funcionar y Eggers se hace cargo de la materia Antropología filosófica. Nos reunimos cuatro alumnos con Conrado. Nos dice que la materia tiene 700 inscriptos. ¡Setecientos inscriptos en una materia de nuestra carrera! Era imposible. No, explica Eggers. Pasaba que en Psicología (que tenía muchísimos inscriptos) no se dictaban materias ese cuatrimestre (o una que otra, no recuerdo esto) y los alumnos, para no perder el cuatrimestre, se habían inscripto en Antropología filosófica, que les serviría como materia optativa. El problema que tenía Eggers era que la carrera de Filosofía no tenía suficientes ayudantes de trabajos prácticos para cubrir tantas comisiones. Entonces había decidido convocar a sus alumnos más cercanos, aunque no tuvieran título, aunque no se hubieran recibido. Se dicta la materia. ¿Qué dicta Eggers? Su obsesión de esos años: Marx. ¿Qué texto de Marx tenía más relación con los temas de una materia como Antropología filosófica? Los *Manuscritos económico-políticos* de 1844. Que se leerían en las comisiones de trabajos prácticos. Pero yo no sólo no me había recibido, lo cual habría sido un tema menor porque en esos tiempos los ayudantes de trabajos prácticos dictaban clases sin haberse todavía recibido, ¡tampoco había cursado y aprobado aún la materia! A Conrado no le importó. Y aquí quería llegar: en medio de la dictadura del Franco argentino, a dos meses y medio de *La Noche de los Bastones Largos*, yo, insólitamente, me presentaba en un aula con más de 200 alumnos para dar clases... ¡sobre Marx! A la vez cursaba la materia. Pero no di el examen final. Eggers me dijo: "Tengo que tomarles examen a 700 alumnos, no voy a perder tiempo con usted. Váyase a su casa y déjeme su libreta". Me puso "sobresaliente". Fue *incorrecto*, pero ¿qué era correcto en esos días? Como fuere, la experiencia de dar los *Manuscritos* del inmenso pensador de *El Capital* en plena dictadura de Onganía fue para todos apasionante, insólita, absolutamente argentina. Esto resultó impensable en la dictadura de Videla. Ahí reventaron en serio a la Universidad. Ottalagano (agente fascista de López Rega e Isabel) entró con la espada y la Cruz. Declaró a Buenos Aires "la cuarta Roma" y nadie entendió por qué y no quedó un solo ente que oliera a algo que no fuera catolicismo ultramontano. Ahí me rajaron de la Facultad. Curiosamente dictaba Antropología filosófica, y también el titular era Eggers y yo era profesor adjunto, ya recibido.

Pero el episodio revela que el ambiente universitario era muy complejo. Que tal vez la frase "luchar desde adentro" sea jactanciosa, efectista. Es cierto. En seguida advertimos que se podría "luchar desde adentro" porque no nos iban a matar, una variable que siempre complica las cosas y las torna temibles. Pero será difícil que pierda la certeza de que algo hicimos. Que se pudo dar parte de la obra de Marx a 700 alumnos. Que se pudo dictar la materia. Y que luego se pudo seguir.

Los principales que se exiliaron fueron: Rolando García, Sergio Bagú, Manuel Sadovsky, Tulio Halperin Donghi, Risieri Frondizi, Gregorio Klimovsky, Telma Reca y varios más. Algunos –como Rolando García– volvieron y se comprometieron con nuevas causas. Otros no volvieron más. O encontraron muy buenas oportunidades o estaban hartos de la Universidad argentina. Era cierto: el período 1955-1966 había sido brillante. Uno de los grandes períodos de la Universidad. Pero insisto: a partir de 1966 se pudo seguir. En octubre de 1966, 200 alumnos, la mayoría de Psicología, recibieron clases sobre Marx de un pendejo de veintitrés años que, por otra parte, era la primera vez que lo hacía. Nunca he dejado de pensar que los que se fueron en esa oportunidad lo hicieron apenas el país empezó a resultarles incómodo. Esa incomodidad se agravaría tanto, se haría tan extrema que la Universidad del onganiato (que no tuvo la cara horrible que presagiaba la famosa Noche de los Bastones Largos) quedaría como el recuerdo de un tiempo en que el peligro todavía no era en serio. Nuestras tareas siguieron siendo el estudio y la docencia. A pocos días del golpe, junto con mis compañeros de estudio Jorge Lovisolo y Ariel Sibileau, lo fuimos a ver a Andrés Mercado Vera, que, en Historia de la Filosofía Contemporánea, nos había enseñado Hegel para siempre. Le preguntamos qué teníamos qué hacer. Y nos dijo: "Seguir leyendo a los grandes maestros del pensamiento filosófico: a Hegel y a Marx". Eso no nos aclaró mucho qué debíamos hacer políticamente ante el onganiato. Pero Mercado Vera estaba devorado por Hegel y Marx (tenía un enorme conocimiento del tema) y nos entregó el consejo que para él era el mejor que podía darnos.

LAS "CÁTEDRAS NACIONALES"

Pero el onganiato posibilitaría algo mucho más fuerte que nuestras clases sobre Marx en 1966. El estudiantado, muerta la "isla democrática", muerta la Universidad de la Reforma, se politiza *nacionalmente*. En lugar de *Fuera yankis de Vietnam*, los nuevos carteles, las nuevas pancartas dirán: *Patria sí, colonia no*. En un trabajo que contiene una frase histórica, y que nadie se ha ocupado de recuperar, que nadie conoce, sencillamente porque ninguna institución, ninguna Facultad, ninguna editorial ha logrado todavía sacar la colección completa de la revista *Envido*, Alcira Argumedo escribía su famosa frase: *Onganía hizo más por la nacionalización del estudiantado que cincuenta años de reforma*. En el número 3 de *Envido*, en abril de 1971, Argumedo escribía su texto *Cátedras Nacionales: una experiencia peronista en la universidad*. Decía: "Las Cátedras Nacionales de la Facultad de Filosofía y Letras no son sino expresión de un fenómeno más amplio que se desarrolla a partir de la intervención a las universidades nacionales. Esta medida rompe con la tradicional 'isla democrática' y la política del país penetra los claustros universitarios: como el pueblo desde 1955, los estudiantes entran en la proscripción. El año 1966 marca el comienzo de un camino de confluencia de los sectores estudiantiles con el movimiento popular, que alcanzará su primera expresión masiva en los sucesos que a partir de mayo de 1969 se producen a lo largo de todo el país. Este fenómeno aparece como algo totalmente nuevo si se tiene en cuenta el papel jugado por las mayorías estudiantiles desde 1945. *Paradójicamente, el gobierno de Onganía había hecho más por una politización real del estudiantado que los 50 años de reforma*" (Alcira Argumedo, revista *Envido*, Nº 3, abril de 1970, p. 55. Cursivas mías.) El texto marca la aparición de la llamada *cuestión nacional* en los ámbitos del Saber. Se trata de ir en busca de una *realidad nacional* a la que la Universidad siempre dio la espalda. Sigue Argumedo: "Una ciencia social sólo es posible cuando, explícitamente identificada con un proceso de liberación –que en nuestro país tiene su eje dinámico en el movimiento peronista– intenta recuperar la riqueza de significados que gestan los sectores populares en el desarrollo de sus luchas. Tomar la historia real como *fuente de las categorías que permitan su inteligibilidad* es la propuesta que se enfrenta a la concepción de los 'científicos sociales' que, en sus diferentes corrientes academicistas, intentan la adaptación distorsionadora de la realidad a teorías 'universalmente' establecidas. Sólo a partir de este marco consideramos fructífero incorporar críticamente los aportes realizados por los grandes teóricos revolucionarios. Porque la teoría revolucionaria en el Tercer Mundo, que necesariamente se desarrolla desde una experiencia común de lucha por la liberación, debe ser capaz de recuperar la particularidad de este proceso en cada país (...), en nuestro caso el trabajo universitario sólo constituye un aspecto parcial de un compromiso más amplio con el movimiento de masas" (Alcira Argumedo, *Ibid.*, p. 55. Cursivas mías). Lo que señala el texto de Argumedo es una paradoja o una secreta dialéctica entre la aberrante invasión a la Universidad reformista y el resultado no previsto, un *acontecimiento*, del hecho. Los estudiantes de la Universidad reformista vivían en la "isla democrática". Aclaremos esto: ¿cómo era posible que en un país donde no había democracia brillara en sus claustros la libertad y seguridad de profesores y estudiantes? Esto creaba una ilusión y esa ilusión les cerraba a los estudiantes la expe-

riencia de vivir las experiencias del pueblo. Esto se veía *desde* las Cátedras Nacionales. Hoy se tiene escasa idea de estas cuestiones. Se ha hecho todo por olvidarlas. Al peronismo no le interesan. Y a los antiperonistas menos. Lloran la pérdida de la Universidad de la Reforma. Incluso fueron premiados, en el 2005, 70 profesores que renunciaron en 1966. De acuerdo: cualquiera tenía motivos para renunciar en 1966. Cualquiera tenía motivos para no hacerlo. El planteo de Alcira incluye una opción por el peronismo que hace el estudiantado a partir de La Noche de los Bastones Largos. "Caramba, ya no nos respetan. Qué horror. Qué agresión a la cultura. Que prohíban a los negros, a los peronistas. Pero a nosotros, profesores, investigadores, cerebros que nos fugaremos si nos tratan mal, cómo se atreven." La otra versión es la siguiente: "Caramba, ya no nos respetan. Se acabaron nuestros privilegios. Vivimos en la ilegalidad democrática desde 1955. Ningún gobierno gobernó con el voto libre de toda la ciudadanía. El país está viciado de ilegalidad. Pero nosotros vivimos en un mundo aparte. Gobierno tripartito. Libertad de temas. Nada se prohíbe. ¿Hasta cuándo nos proponíamos vivir al margen de la suerte del país? ¿No es hora de admitir que la universidad que queremos es un lujo que no podemos permitirnos? Nos gobiernan los militares. Inventan gobiernos civiles. Después los tiran y ponen a otro y lo tiran y ahora se ponen ellos y son lo que han sido siempre: brutos. Ven en el Saber a un enemigo. Ven en la libertad de pensamiento el camino al comunismo. Quieren prohibir libros. Quieren prohibir todo lo que pueda entrañar un peligro al Occidente cristiano. Si asaltaron el Estado, ¿por que no habrían de asaltar la Universidad? ¿Qué hay que hacer? Muy simple. Ahora que hemos visto que nuestra suerte es la de los otros, unirnos a ellos". El problema para muchos es que "ellos" son peronistas. Ergo, ese problema no tiene solución. Pero las Cátedras Nacionales surgieron de una respuesta creativa, original y valiente al problema supuestamente insoluble: ir en busca del pueblo. Es como dice Argumedo: "En nuestro caso, el trabajo universitario sólo constituye un aspecto parcial de un compromiso más amplio con el movimiento de masas". Hay una foto que recuerdo pero no tengo. Un cartel cuelga de una ventana de la Facultad de Filosofía y Letras. El cartel dice: "Facultad tomada por las Cátedras Nacionales". La mayoría de estos profesores venían de Sociología. Estaban seriamente formados por Marx y por Weber. No venían de Tacuara ni del catolicismo. Señalo esto porque la versión vigente hoy sobre la izquierda peronista es que esa izquierda fueron los Montoneros, quienes, sí, venían del catolicismo y algunos de Tacuara. De esos peronistas, nosotros ni idea. Los que buscamos la "cuestión nacional" a partir del golpe del '66 creíamos en la unión entre el marxismo y las luchas nacionales contra el imperialismo. Las luchas que se habían dado en la Argentina bajo el federalismo, el yrigoyenismo y el peronismo. Veníamos de las entrañas de Hegel y Marx. También de Lenin y del Che. Con ese bagaje, los profesores de las Cátedras Nacionales buscaron la sustancialidad, la materialidad del sujeto revolucionario en los obreros peronistas. Alguien solía decirles a los marxistas gorilas: "Les guste o no, nuestro *proletariado británico* son los negros peronistas". El sujeto de la revolución, la clase obrera, aquí, tenía una identidad, el peronismo. Hacía ahí nos dirigíamos. Con Marx. No con Tacuara ni con Joe Baxter, que nos parecía un aventurero fascistoide. A otros no. Y a la mayoría no le importaba Joe Baxter, ni suponía que teníamos algo que ver con Tacuara, que, para mí, era un grupo de choque con ideología nacionalsocialista. Los pibes de Tacuara aparecieron a comienzos de los '60. Eran bastante siniestros. Se reunían en lugares semiclandestinos. Hacían el saludo nazi. Cierta vez, voy a la peluquería en Pampa y Superí (en Belgrano R abundaban los Tacuara) y, cortándose el pelo, hay un pendejo de 17 años con un muñón donde debía estar su mano izquierda y el muñón estaba cubierto por una capucha de goma negra. Se va y el peluquero me dice: "Fue a poner una bomba y le explotó en la mano". "¿Dónde puso la bomba." "Se la puso a unos judíos", me dijo. Buenos pibes. Unos revolucionarios de la gran siete. Las Cátedras Nacionales no surgieron de ahí. No tuvieron ningún contacto con los Montoneros. Se enteraron de la muerte de Aramburu por los diarios. Pero surgió la "cuestión nacional" y la lectura de Cooke, Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche, Abelardo Ramos y el revisionismo histórico. Corriente en la que se diferenció al nacionalismo oligárquico (que confundía a la patria con la estancia) del nacionalismo antiimperialista: FORJA y los autores que cité. Y luego se leyó apasionadamente a Frantz Fanon. Llegaremos a esto. Los jóvenes que estaban al frente de las Cátedras Nacionales pertenecían a la carrera de Sociología. Eran Roberto Carri, Alcira Argumedo, Fernando Alvarez, Juan Pablo Franco, Gunnard Olsson (posiblemente estoy escribiendo mal su nombre, me disculpo), Horacio González y otros. Los de *Envido* los respaldábamos. Nos sentíamos parte de ese acontecimiento.

EL PENSAMIENTO CRÍTICO NO DEBE PLANTEARSE LÍMITES

El tema que empieza a debatirse es el de la lucha armada. Se lee al Che. Se analiza la teoría del foco insurreccional (que es título de este suplemento y, como otras veces, no llegaré a tratar). Se lee a Giap. Se ve *La batalla de Argelia*. Y muy pronto: *La hora de los hornos*. Antes, sin embargo, Córdoba arrebata las pasiones de la militancia. Estalla el *Cordobazo*. Podemos entrar en él a través de la pluma de Rodolfo Walsh, que, en el periódico de la CGT de los Argentinos (prolija y cuasi religiosamente repartido por todos nosotros en nuestra Facultad de Filosofía y Letras) publica su *fiction/non fiction "¿Quién mató a Rosendo?"* y entrega una crónica notable del Cordobazo, que sólo su talento literario y periodístico podía tornar posible. Es la siguiente:

Cordobazo, por Rodolfo Walsh:

"Trabajadores metalúrgicos, del transporte y otros gremios declaran paros para los días 15 y 16 de Mayo, en razón de las quitas zonales y el no reconocimiento de la antigüedad por transferencias de empresas.

"Los obreros mecánicos realizaban una asamblea y son reprimidos, defienden sus derechos en una verdadera batalla campal en el centro de la ciudad el día 14 de Mayo.

"Los atropellos, la opresión, el desconocimiento de un sinnúmero de derechos, la vergüenza de todos los actos de gobierno, los problemas del estudiantado y los centros vecinales se suman.

"Se paraliza totalmente la ciudad el 16 de Mayo. Nadie trabaja. Todos protestan. El gobierno reprime.

"En Corrientes es asesinado el estudiante Juan José Cabral. Se dispone el cierre de la Universidad.

"Todas las organizaciones estudiantiles protestan. Se preparan actos y manifestaciones. Se trabaja en común acuerdo con la CGT.

"El día 18 es asesinado en Rosario el estudiante Adolfo Ramón Bello. Se realiza con estudiantes, obreros y sacerdotes tercermundistas una marcha de silencio en homenaje a los caídos.

"El 23 de Mayo es ocupado el Barrio Clínicas por los estudiantes y son apoyados por el resto del movimiento estudiantil.

"El 26 de Mayo el movimiento obrero de Córdoba resuelve un paro general de las actividades de 37 horas a partir de las 11 horas, para el 29 de Mayo, con abandono de trabajo y concentraciones públicas de protesta.

"Los estudiantes adhieren en todo a las resoluciones de la CGT. Los estudiantes organizan y los obreros también. Millares y millares de volantes reclamando la vigencia de los derechos conculcados inundan la ciudad los días previos.

"El 29 de Mayo amanece tenso. Los trabajadores de Luz y Fuerza son atacados con bombas de gases a la altura de Rioja y Gral. Paz. Una vez más la represión está marcha.

"Las columnas de los trabajadores de las fábricas automotrices llegan a la ciudad y son atacados. El comercio cierra sus puertas y la gente inunda las calles.

"Corre la noticia de la muerte de Máximo Mena, obrero mecánico. Se produce un estallido popular, la rebeldía contra tanta injusticia, contra los asesinatos, contra los atropellos. La policía retrocede. Nadie controla la situación.

"Es el pueblo. Son las bases sindicales y estudiantes que luchan enardecidas. El apoyo total de la población.

"Es la toma de conciencia contra tantas prohibiciones. Nada de tutelas ni usurpadores del poder, ni de cómplices participacionistas.

"El saldo de la batalla de Córdoba, 'El Cordobazo', es trágico. Decenas de muertos, cientos de heridos. Pero la dignidad y el coraje de un pueblo florecen y marcan una página histórica argentina y latinoamericana que no se borrará jamás" (Rodolfo Walsh, periódico de la CGT de los Argentinos).

¿Por qué nos proponemos el estudio de las teorías de Ernesto Guevara sobre el foco insurreccional? Porque fueron acogidas por la izquierda guerrillera latinoamericana. Porque vamos a fundamentar que están lejos de las tradiciones de lucha de la clase obrera y recurren a una teoría de la vanguardia que no ha sido beneficiosa y ayudó al distanciamiento de los milicianos y aun de los militantes con las bases populares. Como fuere, el tema es delicado y polémico. Y apunta hacia la gran discusión que permanece sobre los años setenta. *La discusión entre la política y los fierros*. La discusión honesta, abierta, sin concesiones sobre la violencia política. Una discusión que debe darse en el ámbito de la izquierda. En el ámbito de los derechos humanos. Sin darle armas a una derecha que –hoy– en nuestro país reivindica desvergonzadamente, es decir, sin tapujo alguno, algo que ha sido universalmente condenado como uno de los grandes genocidios del siglo XX: las matanzas de los militantes del '76. Los crímenes de *lesa humanidad*. Los crímenes cometidos desde el aparato del Estado. Sabemos que están ahí. Que podrán utilizar las reflexiones críticas que llevemos a cabo. Pero nadie puede impedirse pensar por lo que la derecha pueda o no hacer con lo que uno piensa. Eso de "no darle armas a la derecha" funciona como un freno al pensamiento, a la crítica. Tenemos que revisar todo. Una historia crítica del peronismo (o sea: un estudio acerca de los alcances y límites que tuvo y tiene ese movimiento, si es que aceptamos el concepto como definitivo, el de *movimiento*) no puede ya frenarse por la advertencia de "no darle armas a la derecha". Tampoco puede frenar la tarea reflexiva, al pensamiento crítico, la "teoría de los dos demonios". No bien se critican los errores de la guerrilla se recibe la advertencia: "Guarda que eso está cerca de la 'teoría de los dos demonios'". Uno se apichona, se julepea y piensa: "No, eso nunca". Y no piensa más. Se trata, por el contrario, de pensar. Dejémonos de joder: ¿cómo no vamos a pensar críticamente, descarnadamente, dolorosamente o como se quiera, pero *a fondo*, una historia que terminó en una *catástrofe humanitaria*? Cuando Baschetti (en su notable tarea de recuperación de documentos) escribe la cronología de los años 1974-1975 la titula: *Cronología de un desastre*. Un *desastre* tiene muchas causas. No todas están del lado del Estado criminal. Analizar un desastre no es fácil. Hay que tener el coraje de ir hasta las últimas causas. Y eso suele doler.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

El foco y el movimiento de masas